

En cuanto la caja metálica pronuncia su nombre, Amor sabe que ha ocurrido. Lleva todo el día tensa y migrañosa, casi como si hubiese recibido en sueños una advertencia que ahora no recuerda. Una señal o una imagen apenas debajo de la superficie. Los problemas, en el fondo. Fuego subterráneo.

Cuando pronuncian las palabras en voz alta no se las cree. Cierra los ojos y niega con la cabeza. No, no. No puede ser verdad lo que su tía acaba de contarle. Nadie ha muerto. Es una palabra, nada más. Observa la palabra depositada sobre el escritorio como un insecto patas arriba, sin explicación.

Está en la oficina de la señorita Starkey, donde la voz de megafonía le ha indicado que debía dirigirse. Amor ha pasado tanto tiempo esperando este momento, lo ha imaginado tantas veces, que ya parece un hecho. Pero ahora que el momento ha llegado de verdad, lo siente distante y brumoso. No ha ocurrido, no en realidad. Y sobre todo no a Ma, que vivirá para siempre.

Lo siento, repite la señorita Starkey y, apretando los labios, oculta los grandes dientes. Algunas de las otras

chicas dicen que la señorita Starkey es lesbiana, pero cuesta imaginarla haciendo nada erótico con nadie. O quizás sí lo hizo alguna vez y desde entonces le dura el asco. Es un dolor que todos debemos soportar, añade con voz seria, mientras *tammie* Marina se estremece y se seca los ojos con un pañuelo de papel, pese a que siempre ha menospreciado a Ma y no le importa nada que esté muerta, aunque no lo está.

Su tía baja con ella las escaleras y espera fuera a que Amor vaya a la residencia de estudiantes a recoger la maleta. Amor lleva siete meses viviendo allí, esperando que pasara lo que no ha pasado, y ha odiado estos largos cuartos fríos con sus suelos de linóleo cada minuto, pero ahora que debe irse, no quiere. Lo único que quiere es acostarse en su cama, quedarse dormida y no despertar nunca más. ¿Como Ma? No, como Ma no, porque Ma no está dormida.

Lentamente, mete la ropa en la maleta y luego baja con ella hasta la entrada del edificio principal del colegio, donde su tía espera mirando el estanque de los peces. Qué gordo es ese, dice, señalando las profundidades, ¿alguna vez habías visto un pez dorado así de grande? Amor dice que no, aunque no vea el pez que su tía le señala y de todos modos nada de todo eso sea real.

Cuando se sube al Toyota Cressida, que tampoco es real, y bajan flotando por el sinuoso sendero de la entrada, el paisaje desde la ventanilla es un sueño. Los jacarandás están florecidos y las brillantes flores púrpura lucen llamativas y extrañas. Su propia voz reverbera como un eco, como si hablase otra persona, cuando llegan al portón principal y doblan a la derecha en vez de a la izquierda y Amor se oye preguntar que adónde van.

A mi casa, contesta su tía. A recoger al tío Ockie. Anoche tuve que salir corriendo cuando... ya sabes, cuando pasó.

(No pasó.)

*Tannie* Marina mira de soslayo con ojitos enmarcados en rímel, pero la niña sigue sin reaccionar. La decepción de la mujer mayor es casi palpable, como un pedo sordo. Habría podido enviar a Lexington a recoger a Amor al colegio, pero ha venido ella personalmente porque en las crisis le gusta ser útil, lo sabe todo el mundo. La cara redonda con su maquillaje kabuki oculta su avidez por el drama, el chismorreo y el espectáculo barato. En la tele el derramamiento de sangre y la traición son una cosa, pero aquí la vida real le ha ofrecido una oportunidad real, emocionante. ¡La terrible noticia revelada en público, delante de la directora! Pero su sobrina, ese bulto gordo e inútil, apenas ha dicho palabra. Francamente, a esta niña le pasa algo, Marina ya lo ha notado otras veces. Ella lo achaca al rayo. Ah, qué pena, desde entonces no ha vuelto a ser la misma.

Sírvete un bizcocho, la invita su tía, enojada. Están en el asiento de atrás.

Amor no quiere un bizcocho. No tiene hambre. *Tannie* Marina se pasa la vida horneando cosas y tratando de que los demás se las coman. Su hermana Astrid dice que es para no ser la única gorda, y es verdad que su tía ha publicado dos recetarios de dulces para la hora del té, populares entre un determinado tipo de mujer mayor y blanca, de esas que se ven mucho en estos días.

Bueno, reflexiona *tannie* Marina, al menos resulta fácil hablar con la niña. No interrumpe ni lleva la contraria y da la impresión de estar escuchando, tal como se le exige.

El trayecto del colegio hasta Menlo Park, donde viven los Laubscher, no es muy largo, pero hoy da la impresión de que el tiempo se estira y *tannie* Marina no para de hablar en voz baja y tono de confianza, en un afrikáans emotivo, plagado de diminutivos, pese a que la situación no sea propicia. Es el tema de siempre, sobre cómo Ma ha traicionado a toda la familia al cambiarse de religión. Mejor dicho, al volver a su religión anterior. ¡A ser judía! En los últimos seis meses su tía se ha mostrado sumamente locuaz con este tema, desde que Ma enfermó, pero ¿qué se supone que debe hacer Amor al respecto? Es solo una niña, no tiene ninguna autoridad; además, ¿qué tiene de malo volver a tu religión anterior si te da por ahí?

Ella intenta no escuchar concentrándose en otra cosa. Cuando conduce, su tía se pone unos guantecitos de golf, a saber de dónde habrá sacado esa coquetería, o tal vez sea miedo a los microbios, y Amor fija su atención en las manos de su tía moviéndose sobre el volante. Si consigue concentrarse en las manos, en su forma, en los dedos cortos y romos, no tendrá que escuchar lo que la boca encima de las manos está diciendo y entonces no será cierto. Lo único cierto son las manos y yo que las estoy mirando.

... La cuestión es que tu madre dejó la Iglesia reformada holandesa para pasarse otra vez a esa cosa judía con el solo fin de fastidiar a mi hermano pequeño... Lo ha hecho para que no la entierren en la granja, cerca de su marido, ese es el verdadero motivo... Hay una forma correcta y una forma incorrecta, y lamento decir que tu madre eligió la incorrecta... En fin, suspira *tannie* Marina al llegar a la casa, esperemos que Dios la perdone y que la pobre esté ahora en paz.

Aparcan en la entrada, debajo del toldo de bonitas rayas verdes, moradas y naranja. Más allá se ve un diorama de la Sudáfrica blanca, el chalé suburbano de tejado de chapa construido con ladrillo visto rojo, rodeado de un foso de jardín descolorido. Un parque infantil de aspecto solitario en el amplio prado pardo. Un abrevadero de cemento para los pájaros, una casa de juguete y un columpio hecho con medio neumático de camión. Donde tal vez tú también te criaste. Donde empezó todo.

Sin llegar a pisar el suelo, unos centímetros por encima —hay un hueco diminuto y vertiginoso entre ella y las cosas—, Amor sigue a su tía, que se dirige a la puerta de la cocina. Dentro, *oom* Ockie se prepara un brandy con Coca-Cola, el segundo de la mañana. Se ha jubilado hace poco de su empleo estatal como delineante en el Departamento de Aguas y sus días son apáticos. Cuando su mujer lo pilla, se pone firme con cara de culpa y se lame el bigote manchado de nicotina. Ha tenido horas para vestirse adecuadamente, pero sigue en pantalón de chándal, camisa de golf y chanclas. Un hombre cuadrado, de pelo ralo fijado con Brylcreem y peinado hacia un lado para cubrir el cráneo. Le da a Amor un abrazo sudoroso, qué incomodidad para los dos.

Siento lo de tu madre, dice él.

Ah, sí, está bien, dice Amor, y ahí mismo se echa a llorar. ¿Es que la gente se va a pasar todo el día sintiendo lástima por ella porque su madre se ha convertido en esa palabra? Cuando llora se siente fea, como un tomate despachurrado, y piensa que debe huir, irse lejos de este horrible cuartito con su suelo de parqué, su caniche maltés ladrador y los ojos de sus tíos clavados en ella como uñas.

Deja atrás a toda prisa la sombría pecera de *oom* Ockie, recorre el pasillo con sus paredes pintadas al gotelé, de moda por aquí en estos tiempos. No hace falta insistir en cómo se enjuga las lágrimas, bastará con decir que, aunque sigue gimiendo, Amor abre el botiquín y mira dentro, algo que suele hacer en todas las casas que visita. A veces lo que se encuentra es interesante, pero estos estantes están repletos de cosas deprimentes como pomada para dentaduras postizas y Anusol. Después le remuerde la conciencia por haber mirado y para absolverse tiene que contar los objetos de cada estante y recolocarlos en un orden más agradable. Después piensa que su tía lo notará y vuelve a dejarlos como estaban.

Al recorrer el pasillo de vuelta, Amor se detiene ante la puerta abierta del dormitorio de su primo Wessel, el menor y más corpulento de la prole de *tannie* Marina y el único que sigue viviendo en la casa. Ya tiene veinticuatro, pero desde que terminó el servicio militar no ha hecho otra cosa que pasarse el día allí encerrado, dedicado a su colección de sellos. Según parece tiene un problema que le impide salir a la calle. Su padre dice que está deprimido, y su madre, que está buscando su lugar en el mundo. Ahora bien, Pa ha expresado su opinión y dice que su sobrino es un holgazán malcriado y que habría que obligarlo a trabajar en algo.

A Amor no le cae bien su primo, y menos en este momento, con esas manazas amorfas y ese corte de pelo a la taza y esa forma rara en que pronuncia la letra ese. En ningún caso la miraría a los ojos, nunca lo hace, pero en ese momento apenas nota su presencia, porque tiene el álbum de sellos abierto sobre el regazo y con una lupa examina una de sus colecciones preferidas, el conjunto

de tres sellos conmemorativos del doctor Verwoerd, emitido a los pocos meses del asesinato del gran prohombre.

¿Qué haces aquí?

Tu madre ha ido a recogerme al colegio y después ha venido aquí a recoger a tu padre y algo de comida.

Ah. ¿Y ahora te irás a tu casa?

Sí.

Siento lo de tu madre, dice, y al final la mira. Amor no puede evitarlo, se echa a llorar otra vez y tiene que secarse las lágrimas con la manga. Pero él vuelve a concentrarse en los sellos.

¿Estás muy triste?, le pregunta distraídamente, todavía sin mirarla.

Ella niega con la cabeza. En este momento es así, no siente nada, solo vacío.

¿La querías?

Claro, dice ella. La respuesta a esto último tampoco le remueve nada por dentro. Hace que se pregunte si está diciendo la verdad.

Media hora después se encuentra en el asiento trasero del viejo Valiant de Ockie. Al volante, sentado delante de ella, va su tío, orejudo, vestido con el traje de ir a la iglesia, pantalones marrones, camisa amarilla y zapatos relucientes; el humo de su cigarrillo garabatea en el parabrisas. Junto a él va su mujer, se ha arreglado, se ha rociado con Je T'aime y lleva una bolsa con ingredientes de repostería de su cocina. En este momento pasan delante del cementerio, en el extremo occidental de la ciudad, donde una pequeña multitud aguarda alrededor de una fosa en el suelo; allí cerca está el cementerio judío, donde dentro de poco... pero no, no pienses en eso, y no mires las tumbas, aunque no puedes evitar ver

la señal del Acre de los Héroes, pero quiénes son los héroes, nadie lo ha explicado, Ma será ahora una heroína, tampoco pienses en eso, y luego te vas hundiendo en la horrenda zona de cemento, con los túneles de lavado de coches y los bloques de apartamentos de aspecto roñoso enfrente. Si sigues por el camino de siempre pronto dejarás atrás la ciudad, pero hoy no puedes ir por el camino de siempre porque discurre por Atteridgeville y hay disturbios en el distrito segregado. Disturbios en todos los distritos, se masculla en todas partes, incluso con el estado de emergencia que se cierne sobre la tierra como un nubarrón negro, las noticias sometidas a censura y el ánimo electrizado en todos lados, un tanto alarmado, no hay modo de acallar las voces que se oyen hablando por lo bajo, como el fino crepitar de la estática. Pero ¿de quiénes son las voces, por qué no podemos oírlas ahora? Chsss, las oirás si prestas atención, si escuchas.

... Somos el último puesto de avanzada del continente... Si Sudáfrica cae, Moscú beberá champán... Digámoslo con todas las letras, el gobierno de la mayoría supone el comunismo...

Ockie apaga la radio. No está de humor para discursos políticos, mucho mejor contemplar el paisaje. Se ve como uno de sus antepasados *voortrekkers*, viajando despacio hacia el interior en una carreta de bueyes. Sí, algunos sueñan de modo previsible. Ockie, el valiente pionero, flotando sobre la pradera. Allá fuera van dejando atrás unos campos pardos y amarillos, secos salvo allí donde un río los cruza, bajo el inmenso cielo del Alto Veld. La granja, que es como la llaman, aunque en modo alguno es una granja de verdad —un caballo, unas cuan-



tas vacas, unas pocas gallinas y ovejas—, se encuentra allí, entre colinas bajas y valles, a medio camino de la presa de Hartbeespoort.

A un costado, por encima de una valla, ve un grupo de hombres con un detector de metales, vigilan a unos niños nativos que cavan agujeros en el suelo. Todo este valle perteneció a Paul Kruger y se rumorea con insistencia que debajo de estas piedras hay enterradas dos millones de libras de oro de la guerra de los bóeres. Así que cava por aquí, cava por allá, en busca de la riqueza del pasado. Qué codicia, pero hasta esto le da una pátina nostálgica. Los míos son un grupo valiente y duradero, sobrevivieron a los británicos, sobrevivirán también a los *kaffirs*. Los afrikáneres son un pueblo aparte, él lo cree realmente así. No entiende por qué Manie tuvo que casarse con Rachel. El aceite y el agua no se mezclan. Lo ves en sus hijos, unos inútiles, una panda de inútiles.

En este sentido, al menos, él y su mujer están en armonía. A Marina nunca le cayó bien su cuñada. Todo estaba mal en esa unión. ¿Por qué no se casaría su hermano con una de los suyos? Cometí un error, dijo él, y los errores se pagan. Manie siempre fue estúpido y cabezota. Llevar la contraria a su propia familia por alguien así, engreída y orgullosa, que al final, por supuesto, acabó dejándolo. Por el sexo. Porque él no podía tener las manos quietas. Actividad que a la propia Marina nunca le ha gustado demasiado, excepto aquella vez en Sun City con el mecánico, pero ay, ay, ay, calla, no saques ese tema ahora. Esa fue siempre la ruina de mi hermano, desde que empezó a afeitarse se convirtió en un cabrito, se divertía y causaba problemas, hasta que cometió aquel error y después todo cambió. El error anda ahora

por ahí suelto, cumpliendo el servicio militar. Hoy bien temprano le han enviado un mensaje, no llegará a casa hasta mañana.

Anton no llegará hasta mañana, le dice *tannie* Marina a Amor, y luego se dedica a mirarse en el espejo de la visera para retocarse el carmín de los labios.

Llegan al desvío por el lado equivocado y Amor tiene que bajarse a abrir el portón y volver a cerrarlo cuando el coche ha pasado. Después van dando saltos por un sendero de grava gruesa y las piedras, que asoman en algunos puntos, rascan metálicamente el chasis. Amor tiene la impresión de que el ruido se acentúa y la muerde. El dolor de cabeza empeora. Mientras recorrían la carretera abierta podía llegar a fingir que no estaba en ninguna parte, que iba a la deriva. Pero ahora todos sus sentidos le dicen que están a punto de llegar. No quiere llegar a la casa, porque cuando lo haga resultará obviamente cierto que algo ha pasado, que algo ha cambiado en su vida y que ya no habrá vuelta atrás. No quiere que el sendero haga lo que hace, pasar debajo de las torres de alta tensión y enfilarse hacia la loma, no quiere que suba la cuesta, no quiere ver la casa al otro lado, en la hondonada. Pero ahí está y la ve.

Nunca le ha gustado demasiado. Para empezar, es una vivienda pequeña y rara, ya lo era cuando su abuelo la compró, ¿a quién se le ocurriría construir en ese estilo aquí en el monte? Pero cuando Oupa se ahogó en la presa y Pa la heredó, empezó a añadirle cuartos y edificaciones anexas sin estilo alguno, aunque él lo calificara de típico de la zona. No había lógica en sus planos, pero, según Ma, era porque quería ocultar el estilo art déco original que a él le resultaba afeminado. Ah, qué por-

quería, decía Pa, mi enfoque es práctico. Se supone que tiene que ser una granja, no una fantasía. Pero fíjate cómo acabó. En un batiburrillo de vivienda, con veinticuatro puertas por fuera que de noche hay que cerrar con llave, un estilo pegoteado encima de otro. Ahí puesta, en medio del campo, como un borracho vestido con prendas desaparejadas.

Así y todo, reflexiona *tannie* Marina, es nuestra. No mires la casa, piensa en las tierras. Tierra inútil, pedregosa, con la que no se puede hacer nada. Pero pertenece a nuestra familia, a nadie más, y eso da poder.

Y al menos, le dice a Ockie en voz alta, la esposa ya no sale en la foto.

Entonces, ay, Dios, se acuerda de la niña que va en el asiento de atrás. Cuidado con lo que dices, Marina, sobre todo en los próximos dos días, hasta que haya terminado el funeral. Habla inglés, eso te mantendrá a raya.

No me malinterpretes, le dice a Amor. Yo respetaba a tu madre.

(De eso nada.) Pero Amor no lo dice en voz alta. Se ha quedado muy rígida ahí detrás en el coche, que por fin se detiene. Ockie tiene que aparcar al principio del sendero de entrada porque hay demasiados coches delante de la casa, coches desconocidos en su mayoría, ¿qué hacen aquí? La gente y los acontecimientos se ven empujados hacia dentro, la fuerza del agujero central con forma de Ma los atrae. Cuando se baja y cierra la puerta con un ruido apagado, Amor se fija en un coche en particular, uno largo y negro, y el peso del mundo aumenta. ¿Quién conduce ese coche, por qué lo habrán aparcado delante de mi casa?

Le he pedido a los judíos esos que no se la lleven todavía, anuncia *tannie* Marina. Así puedes despedirte de tu madre.

Al principio Amor no entiende. Cruje, cruje, cruje la grava. A través de las ventanas de la fachada ve un grupo de gente en la sala, como una bruma densa, y en el centro está su padre, acurrucado en un sillón. Está llorando, le parece a Amor; después se le ocurre otra cosa: no, está rezando. Lloro o reza, últimamente con Pa cuesta notar la diferencia.

Entonces lo comprende y piensa, no puedo entrar. El conductor de ese coche negro espera dentro para que me despida de mi madre y no puedo cruzar la puerta. Si cruzo la puerta será verdad y mi vida nunca volverá a ser la de antes. Por eso se entretiene fuera mientras Marina la precede taconeando y dándose importancia, cargada con sus bolsas de ingredientes; Ockie arrastra los pies detrás de ella, y entonces Amor suelta la maleta en los escalones de la entrada, sale disparada por un costado de la casa, deja atrás el pararrayos y las bombonas de gas en su hornacina de hormigón en la pared, cruza el patio trasero donde Tojo, el pastor alemán, duerme tumbado al sol, con las pelotas moradas asomándole entre las patas, cruza el prado, deja atrás el abrevadero para los pájaros, la ceiba, las caballerizas y las casitas de los peones, corre hacia la loma.

¿Dónde está la niña? Venía detrás de nosotros.

Marina no puede creer lo que la maldita y estúpida niña acaba de hacer.

*Ja*, confirma Ockie y, a continuación, deseoso de colaborar, lo repite. *¡Ja!*

Ag, ya volverá. Marina no está de humor para com-

placencias. Dejemos que esta gente se lleve ya a la pobre mujer. Con esa niña es tiempo perdido.

Mervyn Glass, el conductor del coche largo, se ha pasado las dos últimas horas sentado en la cocina, con la *yarmulke* en la cabeza, esperando la orden de la mujer mandona, hermana del viudo, que ahora le dice que se ponga en marcha. Es una familia muy complicada, no consigue descifrar lo que está pasando, aunque parece que no le importa. Esperar sumido en respetuoso silencio es una parte esencial de su trabajo y él ha desarrollado la capacidad de fingir una profunda calma mientras siente todo lo contrario. En el fondo, Mervyn Glass es un hombre frenético.

Ahora se levanta de un salto. Él y su ayudante se disponen a subir al dormitorio para llevarse los restos mortales de la difunta. Ello supone el uso de una camilla, una bolsa para meter el cadáver y una última manifestación de angustia del cónyuge, que se aferra a su esposa muerta y le implora que no se vaya, como si la mujer se marchara por su propia voluntad y alguien pudiera persuadirla de cambiar de idea. No es algo raro, como diría Mervyn si se lo preguntaran. Ya ha visto todo esto muchas veces, incluso la curiosa fuerza que ejerce un cadáver y que atrae a todos. Mañana mismo eso habrá cambiado, el cadáver será cosa del pasado y su ausencia permanente quedará sepultada bajo planes, compromisos, recuerdos y el tiempo. Sí, mañana mismo. La desaparición empieza inmediatamente y, en cierto modo, no se termina nunca.

Pero mientras tanto está el cadáver, el horrible hecho carnal que supone, la cosa que recuerda a todos, incluso a quienes la muerta les importa poco, y de esos siempre

hay unos cuantos, que llegará el día en que también estarán allí tendidos, como ella, vacíos de todo, una mera forma incapaz de mirarse a sí misma. Y ante su ausencia la mente retrocede, no puede pensarse sin estar pensando, el más gélido de los vacíos.

Por suerte la mujer no pesa, la enfermedad la ha consumido, no cuesta mucho bajarla por las escaleras, doblar el ángulo pronunciado del final y recorrer el pasillo hasta la cocina. Al salir por la puerta trasera la hermana mandona les da indicaciones, vayan por el costado de la casa, no pasen delante de los invitados. Si las visitas se dan cuenta de esta última partida solo es por el ruido del coche largo al arrancar, la nota del motor es una vibración que se apaga en el aire.

Y entonces Rachel se ha ido, se ha ido de verdad. Llegó aquí recién casada, embarazada, hace veinte años, y desde entonces no se ha ido, pero nunca más volverá a cruzar la puerta de entrada.

En el coche, quiero decir, en la casa, se ha atenuado cierto miedo tácito, aunque la gente no sabe bien por qué y apenas se ha expresado en palabras. De hecho, casi siempre son las palabras las que desvían el miedo, ¿te traigo otra taza de té? ¿Te apetece probar uno de mis bizcochos?

Es Marina quien habla, claro, la experta en derramar frases untuosas sobre turbulentas profundidades que amenazan con desbordarse. Mientras se retuerce el collar.

No, no tengo hambre.

Ese es Manie, su hermano mucho más joven, que la mira a los ojos como un búho, como una cría de búho que ella recogió y cobijó cuando era niña.